

# AYUDANDO A CARGAR EL MUERTO

(4)

Carlos Morales

Ya había terminado con don Pepe. Y de veras que está bien acabado el pobre, tal es la humedad que destila ese pasional artículo número tres del primer día del año: el más empapado de la sepulcral novela; pero como otros lanceros, ignaros y animeros, salen a ofender a la Escuela de Periodismo sin saber de la misa la media y sin atreverse siquiera a firmar con su nombre de pila; no hay más que agregar algo, aún a costa de los aburridos lectores, que desde el año pasado vienen soportando "hermenegildos" y "magdalenos" como jamás tolerara el muro de los judíos.

Se queda uno turulato al ver cómo hay personas que, sin haber pasado por el frente de la universidad y mucho menos conocer la existencia de una Escuela de Periodismo, salen afanosas a la prensa para vomitar insultos contra la institución y sus miembros. De don Pepe es perdonable que desahogue sus lacrimeros y que critique a la entidad aunque sea después de abandonarla, pero de otros, que no son nada y que a la larga quieren autobombo apoyando al escritor, tiene uno que sostenerse para no recordarles aquella conocida frase de don Quijote a Sancho cuando cabalgaban en la noche por las rutas de La Mancha. \*

¿Querrán acaso estos señores sepultar con lodo a una escuela que comienza, que para desgracia de ellos acaba de graduar con honores sus primeros Licenciados y ya ha empuñado la hoz para desyerbar el camino y continuar preparando hombres que sepan manejar la pluma sin distorsionar la verdad ni opinar sobre lo que ignoran?

¡Caramba! Nunca lo sabremos.

Para no hacer más honda la pena de don Pepe, profesores, estudiantes y funcionarios de la Escuela mantuvimos largo silencio, pero vimos a tantos defraudados que vinieron de pontifices, que entreveradas la molestia con la conmiseración más sincera, no hubo más que encuadrarlos en aquella frase de Balzac: "una de las costumbres más detestables de los espíritus pequeños, es suponer en los demás sus propias mezquindades".

Y con esto me retiro porque el ataúd ya pesa. Hay que aprovechar las vacaciones para realizar exámenes y estructurar los planes que abrirán la trocha de la montaña agreste, donde no hay la luz que los alumnos claman, aunque por supuesto, tampoco la vereda fácil tapizada de lirios que unos pocos quisieran.

---

Hasta ahí lo que yo había escrito antes de que terminara la fábula: cuatro articulillos imberbes que ocuparon espacio en la gaveta de mi mesa durante el novenario y la misa de primer mes. No había querido publicarlos porque no era yo el indicado y aunque me ardió en el alma lo que de la Escuela se dijo, preferí esperar hermético a que otro ofendido aclarara, pero como pasó el tiempo y el sepelio se olvidaba, quise cantar el **requiés**cat por la deuda moral que mantengo con la institución donde me gradué. Y nada más.